

LA polémica científica entre Letamendi y Turró se produjo de un modo accidental. En realidad sin que ninguno de los dos se lo propusiera. Ambas vidas estaban demasiado separadas. Letamendi a día incrementaba su prestigio de hombre de mundo científico. «Fue la época —escribe Oliver Cobeña— de gran actividad intelectual de Letamendi, que, según nuestro modo de apreciar el ritmo creador de su vida, aventajó en hondura y belleza a sus dilatados empeños de Barcelona, no obstante haber sido éstos los que justamente le otorgaron aquella celebridad por todos reconocidas.» En cambio Turró, no vamos a insistir en ello, sólo profundizaba en la penumbra de sus designios, ensimismado por los progresos de la fisiología experimental, por las manchas que se alzaban en el muro de su existencia; un muro realmente sartriano si tenemos en cuenta la lucha por la comprensión total de los fenómenos del ser viviente.

En la biografía de Leandro Cervera sobre Turró descubrimos cómo se fraguaron los términos de la disputa, en la que ya es hora de entrar. Sucedió en una de las muchas tertulias que después de comer se formaban en los cafés de Madrid, que en realidad, y dadas las circunstancias, eran los únicos lugares donde se intercambiaban cuestiones serias. En este punto la medicina no se sustrajo de los medios que entonces se valía la cultura en general. Pues bien, en la tertulia donde acudía Turró, en la que abundaban personajes preocupados por temas científicos, se suscitaron unos comentarios sobre Letamendi a propósito de un artículo publicado en la *Revista Médico Militar*. «Turró intervino en la discusión —afirma Cervera— y de una manera brillante, con palabra justa y argumentos contundentes, ridiculizó las sentencias sabihondas del catedrático de Madrid. El decano de la "peña", que era Méndez Alvaro, suegro del doctor Puigcerver, propietario de *El Siglo Médico*, rogó a Turró que reuniese en forma de artículos sus argumentos antiletamendianos y le ofreció para ello las páginas de aquella revista médica.» Fue de este modo accidental, pues, que Turró decidió tomar partido. Y fue con aquella rapidez casi felina, que le acosaba al verse frente a una cuestión de crítica científica, que bajo el título *Cartas a Letamendi* en 1879 aparecieron dos artículos cuyo contenido causó pasmo y sensación en el mundo médico madrileño.

Principios letamendianos

Errarían quienes supusieran que el alegato turroniano surtió

LA MEDICINA COMO HISTORIA

Felip Cid

Actualidad de una discusión centenaria:

Turró contra Letamendi (II)



Se lucha por recuperar la libertad perdida

efecto debido a que cuestionaba una figura intocable. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que Letamendi respondió con un enojo desproporcionado. También que el doctor Nieto Serrano puso leña al fuego al recoger y comentar algunas de las manifestaciones de Turró, que éste asimismo contestó avivando la disputa con otra simulada polémica. No. Lejos de estos retoques, en el fondo más ingenuos que aviesos, fue el contenido crítico de las réplicas de Turró lo que hizo tambalear los más que nada brillantes, y hasta entonces impolutos, principios letamendianos.

La crítica de Turró es compleja. Constituye un capítulo, cronológicamente introductorio, sobre la penetración del pensamiento experimental en nuestro país. No obstante, tratando de glosar los datos más sobresalientes, y que a la vez puedan cumplir una misión divulgadora, en primer término destaca su visión sobre los hechos científicos. Turró defendía que a base de la observación activa, de la tarea experimental, de reproducir las condiciones fisicoquímicas de un fenómeno médico, atendiéndonos a los resultados que sólo unas

técnicas de experiencia podían confirmar, solamente con esta sucesión de pasos se obtenían los hechos que sustentan las teorías medicocientíficas. «La intrusión de la razón especulativa en los dominios de la ciencia experimental», y con esto atacaba el acendrado antipositivismo letamendiano, era una mera lucubración. Turró subrayaba que la medicina partía de principios experimentales. Los supuestos racionales según Turró poseían un rango escolástico, que era preciso abandonar porque «estos argumentos, que convencen a la razón habituada al ejercicio especulativo, dejan un vacío indefinible en el espíritu avezado a la certeza del experimentalismo». Los hechos biológicos eran los hechos biológicos. Sólo unas hipótesis basadas en unas experiencias adecuadamente técnicas podrían explicarnos qué los originan, rigen y determinan. «De ahí el que reputemos —concluía Turró— como seductor libertinaje ese modo de pensar puramente subjetivo e ideal que no se calca y subordina a la experiencia inmediata de las cosas. «Es decir, anteponiendo los datos a las suposiciones, lo que se

observa a lo que se imagina, lo que se produce a lo que se pergeña, Turró trató de poner en claro que sólo con la humildad del artesano el científico será capaz de descubrir el maravilloso mecanismo que encierra la intimidad biológica.

Metodología

Otro de los puntos fundamentales de la crítica de Turró contra el sistema de Letamendi se centró en la cuestión metodológica. «Para él, en los problemas que se plantean —escribió con precisión—, no se trata de averiguar la existencia de un hecho o bien determinar las condiciones del mismo; en ello se debate una cuestión metafísica. Precisamente la metafísica es lo que siempre ha estorbado; precisamente ahí está el enemigo de la ciencia experimental.» Realmente, el temperamento de Turró, fraguado en la dura competencia que impone el pensamiento biológico, nostálgico de la falta de medios que le habían escamoteado las circunstancias, pero consciente de lo que suponían, de lo que había ya supuesto en la medicina europea, era incapaz de aceptar el discurso biológico; los sucedáneos de una brillantez que segura de sus posibilidades expositivas trataba de imponer simplemente una visión personal y personalizadora.

El último punto de la crítica de Turró contra Letamendi, quiero decir dentro del reducido esquema propuesto, hace referencia al concepto de vida. Turró adujo, en pleno dominio biológico, que Letamendi desconocía su carácter substancial. Ni tan sólo consideraba el conjunto de fuerzas que la determinan. Para Letamendi la vida era simplemente un acto. Pero ¿qué es un acto? «Desgraciadamente —concluye Turró— no lo define, cuando es lo cierto que, ni aun en la misma metafísica, hay vocablos más oscuros que éste.» De un modo concreto Turró demostraba que la vida no podía reducirse a una composición de factores matemáticamente dispuestos para dar el resultado V proveniente del producto I (energía individual) y C (medios cósmicos); el lenguaje matemático distaba mucho del tipo de conocimiento que permite penetrar en los fenómenos que encierra la naturaleza.

La actualidad de esta discusión ofrece el significado de unas lauras y el valor de unas obligaciones. Constituye uno de los muchos capítulos de nuestra historia de la ciencia, en este caso de la medicina, sometida a unos vaivones que es preciso no olvidar; máxime si tenemos en cuenta que Turró asumió la responsabilidad de denunciar el peligro de los subjetivismos a ultranza.